

**Estrategias discursivas de descalificación: el caso del populismo.
Un estudio de filosofía política**

Autor: Víctor Andrés Barrera Ramírez

Director: Luís Fernando Marín Ardila

Trabajo para obtener el título de Politólogo

Pontificia Universidad Javeriana
Facultad De Ciencia Política Y Relaciones Internacionales
Carrera de Ciencia Política

Santa Fe de Bogotá, 2008

ÍNDICE

Introducción	1
Capítulo 1	
Marco Epistemológico y de Filosofía Política.	
<i>Epistemología de las identidades y de los discursos políticos</i>	3
1. Paul Watzlawick y los cognitivistas: pensamiento sistémico y cibernética de segundo orden	3
2. Ernesto Laclau y Chantal Mouffe: la construcción de identidades políticas	9
Capítulo 2	
Del Prejuicio a La Racionalidad Populista	
<i>Dos formas de observar al populismo: mirada dominante y mirada alternativa</i>	16
1. De descripciones interminables a valoraciones negativas: lo que queda de un modelo de racionalidad limitada	16
2. Nuestra prueba de habilidad de Münchhausen: Ernesto Laclau y la construcción del “pueblo”	16
Capítulo 3	
La Ofensiva Discursiva Antipopulista	
<i>Sobre la operatividad del “exterior constitutivo” para la construcción de identidades políticas</i>	35
1. La consolidación del neoliberalismo como pensamiento único y sus nuevos “enemigos”	35
2. El “populismo” en acción: ejemplificación y análisis sobre estrategias discursivas de descalificación	40
3. Prerrogativas sistémicas y realidades a contracorriente: lo que se descalifica con el término “populismo”	43
4. Las formas como se ganan las hegemonías: el “populismo” como “exterior constitutivo”	45
APÉNDICE 1:	
¿Y qué pasa con los populismos neoliberales?	46
Conclusión	49
Bibliografía	51

INTRODUCCIÓN

Hablar de populismo, tanto en el área académica como en otros círculos, es siempre hablar de un tema espinoso, principalmente porque nos encontramos ante un concepto del que se ha vuelto un cliché mencionar la vaguedad e imprecisión de su significado (Panizza, 2005: 1), no obstante, a pesar de ello, el término “populismo” a todos parece remitir a una realidad valorada negativamente, considerada como anormal y patológica. Hoy, como rara vez en la historia desde que el término emerge, en política nadie se autodenomina ni quiere ser denominado como “populista”.

Así bien, siendo prudentemente žižekianos¹, aquí no nos preguntamos sobre lo que el populismo “realmente es”, si es democrático o no, o si debemos tomar partido a favor o en contra de los gobiernos que hoy son adjetivados de esta forma. Independientemente de estas cuestiones, nuestra preocupación principal es reflexionar en torno a la función político-ideológica que cumple aquella dinámica por la cual, el discurso neoliberal, ha hecho del término “populismo” una herramienta discursiva para desacreditar y desestimar unas realidades concretas.

Por tal razón, la nuestra es una tesis sobre filosofía política que analiza los procesos epistemológicos, históricos y políticos que han dado lugar a esta nueva constelación discursiva. De forma tal que se divide en tres capítulos:

En el primero, presentamos *dos plataformas de análisis* que representan el núcleo teórico de nuestra disertación. La primera de ellas corresponde, partiendo de una perspectiva epistemológica, a los planteamientos del pensamiento sistémico y de la cibernética de segundo orden expuestos por

¹ Nos referimos a Slavoj Žižek, filósofo esloveno cuyos análisis críticos resultan ser de una actualidad fundamental.

Paul Watzlawick, mientras que la segunda plataforma hace referencia a la noción de “exterior constitutivo” trabajada por Chantal Mouffe y Ernesto Laclau, a partir de la cual, desde la filosofía política, se explica la forma en que se construyen identidades políticas por medio de relaciones de poder.

En el segundo capítulo, gracias a los planteamientos watzlawickianos, sopesamos los distintos lugares desde los cuales se ha observado al fenómeno populista al interior de las ciencias sociales, a fin de mostrar las consecuencias que estos abordajes han tenido para el populismo como categoría de análisis (ausencia de un significado preciso y valoración negativa). Luego, partiendo de un modelo alternativo de racionalidad política, comprometemos una definición estratégica de populismo que nos permite afirmar que éste, más que corresponder a una realidad empírica como tal, es una dimensión que se encuentra presente, de alguna u otra manera, en toda formación política.

Ya, en el tercer capítulo, explicamos cómo, bajo qué contexto y por qué el populismo es hoy una estrategia de descalificación del “otro”, así como los efectos pragmáticos a los que dicha descalificación conlleva. Para ello, la noción de “exterior constitutivo” nos permitirá demostrar la función que cumple en nuestras sociedades este tipo de estrategias discursivas desacreditadoras

Finalmente, vale decir que lo que sigue es una reflexión cuya relevancia politológica radica en que no se limita a estudiar un fenómeno discursivo particular, sino que subrepticamente (si se nos permite decirlo) establece una crítica a lo que usualmente se ha entendido por “política”, a las formas de abordarla y a los objetos de estudio que se han considerado legítimos dentro de la Teoría Política tradicional.

CAPÍTULO 1

MARCO EPISTEMOLÓGICO Y DE FILOSOFÍA POLÍTICA **Epistemología de las identidades y de los discursos políticos**

Este capítulo tiene por objetivo comprometer las *dos plataformas de análisis* a partir de las cuales desarrollaremos nuestra disertación en torno al populismo. La primera de ellas corresponde, desde una dimensión epistemológica, a los planteamientos del pensamiento sistémico y de la cibernética de segundo orden expuestos por Paul Watzlawick, mientras que la segunda plataforma, ya desde una perspectiva de filosofía política, se desprende de los aportes de Chantal Mouffe y Ernesto Laclau sobre la forma en que se construyen las identidades políticas.

1. Paul Watzlawick y los cognitivistas: pensamiento sistémico y cibernética de segundo orden.

Quizá si tuviéramos que destacar el principal aporte de la perspectiva sistémica y de la cibernética de segundo orden a los debates epistemológicos, éste sería la reivindicación que hacen de, como diría Watzlawick, “uno de los aspectos más inmediatos de la existencia humana”, a saber: la relacionalidad. Por ello, la invitación de ambas perspectivas, como lo veremos en esta primera sección, es la de reflexionar sobre la forma en que todos los seres humanos nos inscribimos en relaciones que, finalmente, constituyen nuestra existencia, nuestro comportamiento y nuestra manera de ver el mundo.

Sin desconocer la complejidad y la riqueza intelectual de esta nueva epistemología, que encuentra en Heinz Von Foerster uno de sus principales exponentes, nos concentraremos en dos de sus categorías que para nuestro

propósito resultan claves: *realidad* y *conocimiento*. De la primera, nos interesa destacar la forma en que las realidades son construcciones interaccionales mediadas por el lenguaje (numeral 1.1); mientras que de la segunda, resaltamos tres aspectos (numeral 1.2.): (a) la distinción como condición de posibilidad del acto cognitivo; (b) la circularidad que caracteriza a dicho acto en tanto evento sistémico; y, (c) la forma en que se puede superar dicha circularidad.

1.1.El destierro de la objetividad: realidad de primer orden y realidades de segundo orden.

La relevancia de esta nueva epistemología radica en que se erige como una crítica directa a aquellos observadores que aun guardan celosamente la imagen de la existencia de una única realidad, externa a quien la observa y a la cual corresponden unas propiedades inherentes que esperan ser descubiertas por quien, bajo parámetros y directrices establecidos apriorísticamente, actúa sobre dicho objeto.

Watzlawick distingue entre dos realidades: la realidad de primer orden, que es aquella a la que pertenecen unos objetos que cuentan con propiedades determinadas y sobre los cuales existe un acuerdo; y, la realidad de segundo orden, que se manifiesta cuando irrumpe el universo del sentido, cuando valoramos y atribuimos una serie de significados que nos llevan construir una realidad que nada tiene de objetiva. En palabras del autor recién mencionado, esta realidad

es el resultado de un determinado orden en el que, por así decir, encorsetamos la diversidad caleidoscópica y fantasmagórica del mundo y que, por consiguiente, no es el resultado de la comprensión del mundo “real”, sino que se construye en el sentido más propio un mundo totalmente

idiosincrático. Sin embargo, no somos conscientes de esta construcción y suponemos ingenuamente que ella existe independientemente de nosotros² (Watzlawick, 1992: 129).

No obstante, quien observa no es el sujeto dibujado por la mónada clásica, un individuo aséptico que aislado del mundo lo construye. Al contrario, este enfoque considera que el observador siempre se encuentra inserto dentro de un campo de interacción, un sistema de observación que determina aquello que puede ver o no.

Vale destacar que el lenguaje, dentro de estos sistemas de observación, resulta ser un elemento fundamental para la construcción de ese *“mundo totalmente idiosincrático”* del que nos habla Watzlawick, de tal suerte que podemos ver que el elemento lingüístico, lejos de ser un médium transparente, es la herramienta humana que por excelencia nos permite atribuir significados, valorar y juzgar realidades que previamente ya han sido sometidas a los procesos de co-construcción que hasta ahora hemos descrito.

En suma, considero que lo que debemos retener de estas afirmaciones es que las realidades, en nuestro caso políticas, se encuentran siempre-ya mediadas por el observador, su matriz cognitiva y la investidura de su contexto. Sin embargo, si bien el sujeto siempre es el mediador de su realidad, éste lo desconoce (la mayoría de las veces) y pretende que ella sea externa a él, desconociendo que aquella realidad lleva la impronta de su observación.

² La técnica del psicodiagnóstico de Rorschach es el ejemplo por excelencia del proceso por el cual una realidad de primer orden, que se cree objetiva (una mancha), termina inscribiéndose en un universo de sentido particular, esto es, termina convirtiéndose en una realidad de segundo orden (Ceberio y Watzlawick, 1998: 181).

1.2. El ojo del observador o ¿cómo observamos realidades?

Una vez reconocemos que no existe la “realidad real”, resulta clave plantear la forma en que el observador observa esas realidades siempre por él mediadas, es decir, pasamos de la categoría de *realidad* a la categoría del *conocimiento* de esa realidad. En este campo la cibernética de segundo orden realiza sus principales aportes, pues plantea que todo acto cognitivo adquiere una forma circular en la medida que quien observa construye lo que ve y ve lo que construye siempre desde una matriz cognitiva interpersonal y previamente establecida, más no por ello estática e inmodificable.

Ahora bien, desarrollemos más esquemáticamente el proceso de cognición que propone la cibernética de segundo orden y la forma en que ella concibe la ruptura con dicha circularidad.

1.2.1. Conocer implica trazar una distinción.

Fue George Spencer Brown quien, desde la lógica y la matemática, sentó las bases para describir la particularidad del acto cognitivo que defiende la cibernética de segundo orden. Para él, afirman Ceberio y Watzlawick, “trazar una distinción es la premisa básica de las acciones, descripciones, percepciones, pensamientos, teorías y hasta la misma epistemología” (no en vano Spencer Brown afirmarí que “un universo se genera cuando se separa o aparta un espacio”). Así bien, conocer es trazar una distinción, pero no sólo eso, ya que, al mismo tiempo que trazo una distinción, debo indicar que “uno de los dos aspectos distinguidos es el primario”, de tal suerte que dicha indicación “es la finalidad misma de la distinción” (Ceberio y Watzlawick, 1998: 164).

No obstante, si bien conocer implica trazar una distinción para indicar un lado y no el otro, este proceso no es tan sencillo como parece, pues tal como afirma Niklas Luhmann, en un breve escrito donde retoma a Spencer Brown, “si observar es distinguir, entonces la distinción no es observable; pues no puede ser indicada ni como un lado de la distinción ni como el otro”, de forma tal que -concluye Luhmann- “la distinción es el punto ciego que se presupone en cada observación como su condición de posibilidad.” (Luhmann en: Watzlawick y Krieg, 1998: 63).

Entonces, el acto cognitivo, la “acción pilar de la epistemología”, se establece por el imperativo de crear una diferencia y trazar una distinción a fin de indicar un lado y no el otro, con la salvedad que dicha distinción no es observable para quien la realiza, de forma tal que el observador no puede ver aquello que no ve, esto es, no puede ver aquello que queda por fuera de la indicación aun cuando es este “afuera” lo que posibilita que el acto cognitivo se lleve a cabo.

1.2.2. La circularidad en el acto cognitivo.

Teniendo claro pues que el observador *conoce* trazando una distinción, siendo ésta el punto ciego que se presupone en cada observación como su condición de posibilidad, queda claro que aquellas distinciones no parten de una tabula rasa, sino de distinciones de distinciones, esto es, de distinciones previas que, a su vez, se han establecido por otras distinciones, y así sucesivamente.

Sin embargo, dichas distinciones no existen por sí solas, sino que permanecen en los mapas del observador, en sus engramas, ya que las descripciones que éste lleva a cabo reafirman tales distingos, de suerte que, según Ceberio y Watzlawick, “realizamos distinciones a fin de poder

observar (como acto de conocimiento) y las descripciones tienen como finalidad describir lo distinguido, ratificando distinciones, estableciendo, así, un circuito sin fin.” (Ceberio y Watzlawick, 1998: 100).

Así, lo que el pensamiento sistémico y la cibernética de segundo orden nos plantean es que el observador co-construye las realidades que observa de acuerdo al sistema de observación dentro del cual se encuentra inmerso, de tal forma que aquellas observaciones ratifican matrices cognitivas que previamente han sido establecidas, pues los distingos que las posibilitan son siempre puntos ciegos, generándose, entonces, una circularidad en el acto cognitivo.

1.3. Cómo ver lo que no se ve: cuando Münchhausen entra en escena.

Lo que hemos dicho hasta ahora pareciera que nos llevaría establecer una mirada pesimista de los procesos cognitivos pues estaríamos condenados a la circularidad que arriba explicamos. Sin embargo, estamos lejos de afirmar tal cosa: el hecho por el cual un sistema de observación le impide al observador ver lo que no ve y, por ello, generar un círculo vicioso en todo acto cognitivo, no excluye la posibilidad de situar la mirada desde otro punto, y así mirar el mundo con “ojos nuevos”.

Pero, ¿cómo es esto posible? A través de lo que Watzlawick denomina “*la prueba de habilidad de Münchhausen*”³:

³ Watzlawick aquí hace referencia al Barón de Münchhausen, militar alemán que se caracterizó por contar historias exageradas y casi inverosímiles de sus hazañas en combate, entre las que se encuentra una en la que narra cómo él mismo, asiéndose de su propia coleta, logró salir, a bordo de su caballo, de una profunda ciénaga hacia terrenos más firmes y seguros. (Watzlawick, 1992: 169).

En el marco del campo psicoterapéutico, Watzlawick considera que esta prueba de habilidad es la que realiza el terapeuta cuando introduce en el mundo del paciente nuevas formas de solución a sus problemas que le permitan superar el círculo vicioso en el que se encontraba. Y esto es posible gracias a la *técnica de reestructuración* que tiene por objetivo construir un nuevo aspecto de la realidad en lugar del anterior, es decir, “recodificar la realidad pero sin modificar las estructuras de sentido por sobre las cosas.” (Ceberio y Watzlawick, 1998: 163).

En nuestro caso, aquella *técnica de reestructuración*, como veremos en la segunda sección del siguiente capítulo, consiste en abordar el populismo desde otra perspectiva, ubicar nuestro sitio de la mirada en otro lugar, por fuera de aquel sistema de observación que, al ser incapaz de asumir las paradojas y los impasses a los que le remite, ha preferido denigrarlo y calificarlo peyorativamente.

2. Ernesto Laclau y Chantal Mouffe: la construcción de identidades políticas.

Consideramos pertinente partir diciendo que esta segunda plataforma de análisis no sólo nos brinda las herramientas adecuadas para abordar la discusión que desarrollamos en el tercer capítulo, sino que también, en términos más generales, nos permite observar los fenómenos políticos desde otro sistema de observación distinto de aquel que aquí denominamos como el *sistema de observación oficial*⁴. Dado que en el siguiente capítulo lo

⁴ Vale informar al lector la discusión terminológica que sobre esta noción se tuvo: en un principio se había pensado llamar Discurso Político de la Modernidad a un tipo de pensamiento amante del consenso, de la transparencia de la política, del lenguaje y de la comunicación. No obstante, reconocimos que era una noción demasiado global, y por lo tanto optamos por un término más genérico como el que aquí usamos: *sistema de observación oficial de fenómenos políticos*. Sin embargo, más allá de toda la discusión que sobre estos términos se pudiera establecer, lo fundamental es que se tenga en cuenta que la

caracterizamos, por ahora podemos decir que por *sistema de observación oficial de fenómenos políticos* entendemos aquel sistema inaugurado por Platón, que encuentra sus voceros en la filosofía política moderna a partir de Hobbes y actualmente en los abordajes de corte neocontractualista à la Rawls, que, pensando en términos dicotómicos tales como razón/doxa y negando el carácter constitutivo del conflicto y del antagonismo, concibe una “única” y “verdadera” política que presupone, como afirma Rancière, “la ausencia de vacío, la saturación del espacio y del tiempo de la comunidad” (1996: 90).

Al contrario, y como primer aspecto a destacar sobre este “nuevo sitio de la mirada”, Laclau y Mouffe poseen una concepción de la política que reconoce el carácter constitutivo del antagonismo y la contingencia que la caracteriza, pues parte de la premisa según la cual la política carece de un fundamento propio. En este sentido, aborda el problema de la política como el momento instituyente de la sociedad que, ante la *incompletud* que siempre la caracteriza dado que ningún acto de institución es completamente realizable, adopta una formación que nunca puede estar determinada de antemano.

El segundo aspecto a resaltar, es que Laclau y Mouffe resultan ser dos autores contemporáneos de primer orden pues su principal preocupación es el problema de las lógicas de formación de las identidades políticas, demostrando entonces que éstas siempre están mediadas por relaciones de poder bajo un marco de interacción diferencial.

idea que se quiere transmitir es que ese lugar de la mirada es el que no ha podido encontrar en el populismo una explicación legítima sobre las lógicas de su funcionamiento, lo que si ha podido establecer Laclau, para quien el populismo, por ahora digámoslo sucintamente, es un “acto performativo dotado de una racionalidad propia” (Laclau, 2005: 32). En el siguiente capítulo profundizamos sobre estas ideas.

Ahora bien, teniendo en cuenta que gran parte del segundo capítulo está dedicado a exponer el modelo que Ernesto Laclau propone para explicar la forma en que el populismo construye discursivamente identidades colectivas (siendo ésta, entonces, nuestra “*prueba de habilidad de Münchhausen*”), aquí nos concentraremos, principalmente, en la forma en que según los aportes de Mouffe se construyen identidades políticas como identidades diferenciales enmarcadas en relaciones de poder a partir de la noción de “exterior constitutivo”.

No obstante, como preámbulo al núcleo fuerte de nuestra argumentación en esta segunda sección, considero relevante establecer la diferenciación que establece la autora entre “lo político” y “la política”, ya que a partir de ahí queda claro el papel constitutivo que tiene para ella el conflicto, el poder y el antagonismo⁵. Igualmente, resulta fundamental presentar la noción de sujeto que este enfoque plantea.

2.1. La distinción entre “lo político” y “la política”.

Esta distinción parte de las dos raíces comunes del término política/o (*polis* y *pólemos*), y cobra relevancia en su argumento porque en él va a privilegiar, al contrario de la concepción liberal, la dimensión de “lo político” ya que en ella encuentra el carácter constitutivo de “la política”.

Una definición clara de ambas la encontramos en su texto *La Paradoja Democrática* (2003). En él, por un lado, define a “lo político” como aquella dimensión de antagonismo, inherente a las relaciones humanas, que puede adoptar muchas formas y surgir en distintos tipos de relaciones sociales; por

⁵ Vale destacar que si bien la gran preocupación de Chantal Mouffe es la de establecer un orden democrático plural y radical donde el antagonismo se convierta en agonismo y, por lo tanto, el enemigo en adversario, nos hemos ocupado aquí únicamente de sus planteamientos sobre la forma en que se construyen las identidades políticas.

el otro, “*la política*”, según Mouffe, “designa el conjunto de prácticas, discursos e instituciones que tratan de establecer cierto orden y organizar la coexistencia humana en condiciones que son siempre potencialmente conflictivas porque se ven afectadas por la dimensión de ‘lo político’.” (Mouffe, 2003: 114).

En este orden de ideas, Mouffe considera que las identidades se constituyen siempre en torno a la dimensión de “lo político”, pues ellas se *politizan* sólo cuando se inscriben bajo la lógica schmittiana de la relación amigo/enemigo (relación que, en el lenguaje de Mouffe, queda traducido como amigo/adversario).

2.2. El sujeto descentrado: Identidad e identificación.

Debe quedar claro que Laclau y Mouffe hacen una lectura de nuestras actuales sociedades altamente diferenciadas y complejas, de ahí que denuncien la ceguera de muchos liberales al concebir al sujeto como un “yo unitario” y apelen a lo que Laclau denomina como “la muerte de la muerte del sujeto” (1992: 84), que no es otra cosa que el retorno del mismo pero bajo una concepción particular. Así, nuestros autores exhortan por un “sujeto descentrado” en la medida que reconocen que el pluralismo, aquella “mutación simbólica” que se desprende de la revolución democrática que define políticamente a la Modernidad⁶, ha traído como consecuencia las ahora denominadas *diferentes posiciones del sujeto*.

⁶ Esta es la tesis de Claude Lefort que retoma repetidas veces Mouffe para afirmar que la gran transformación que la revolución democrática trajo consigo fue la de convertir al poder en un espacio vacío, de tal forma que los diferentes grupos deben luchar por “llenar” aquel espacio sin que esto garantice una naturalización de las relaciones de poder; de ahí el carácter contingente de la política.

Por tal razón, conciben al sujeto, no como el poseedor de unas características propias previas a su inserción en la sociedad, sino como un sujeto en el cual se inserta una identidad estructural *fallida* que posibilita que llene éste un “vacío” *identificándose* con una serie de superficies discursivas que luchan dentro del campo social.

2.3. Relaciones de poder y construcción de identidades: sobre el concepto derridiano de “exterior constitutivo”.

A manera de introducción, partamos diciendo que en Mouffe la noción de “exterior constitutivo” está en estrecha relación con la concepción de poder que ella defiende. En cuanto a esta última, son claras las resonancias foucaultianas en su argumento, pues lejos de concebirlo como algo que una entidad posee y que emplea para dominar a otra, asume que el poder es una relación que no se erige sobre ninguna estructura como tal, sino sobre su relación misma, es decir, que el poder sólo se hace inteligible, no en un lugar determinado, sino ahí donde produce sus efectos⁷. Por tal razón, Mouffe, citando a Laclau, considera que el poder “no debería ser concebido como una relación externa que tiene lugar entre dos identidades preconstituidas, sino que es el poder el que constituye esas mismas identidades” (Mouffe, 1999: 191).

Así bien, tomando como punto de partida la idea de Derrida por la cual “la constitución de una identidad está siempre basada en la exclusión de algo y en el establecimiento de una violenta jerarquía entre los dos polos resultantes”, su noción de “exterior constitutivo”, según Mouffe, permite

⁷ A fin de fortalecer esta definición de poder, no está de más recordar, en términos generales, aquellas *precauciones de método* que Foucault menciona en *Defender la Sociedad*, a partir de las cuales el poder comienza a ser estudiado de una forma totalmente diferente: ya no como una operación represiva y unidireccional, sino como una operación en red que afecta y constituye a todos los individuos desde los efectos reales que éste tiene ahí donde se vuelve capilar. (Foucault, 1997: 38-41).

mantener en plena vigencia el antagonismo y el poder como dimensiones constituyentes de la identidad, pues dicha noción indica que la condición de existencia de toda identidad es la afirmación de una diferencia, la determinación de un “otro” que le servirá de “exterior”, esto es, que excluye en aras de constituir su propia identidad (Mouffe, 1999: 15)

En este punto, lo que resulta más interesante es ver que aquella diferencia que posibilita la constitución de una identidad, a través del proceso que describe la noción de “exterior constitutivo”, nunca es totalmente externa, pues las fronteras del campo diferencial que marcan un “afuera” y un “adentro” resultan ser indecibles⁸. Asimismo, aquella diferencia será entonces la condición de posibilidad y la condición de imposibilidad de aquella identidad, pues si bien gracias a su exclusión la posibilita, el hecho de que aquella diferencia exista imposibilita, al mismo tiempo, su plena constitución.

En suma, lo que se plantea con la noción de “exterior constitutivo” es que no existe una identidad que se autoconstituya, que posea una naturaleza intrínseca e ineluctable, en la medida que toda identidad se constituye por las relaciones diferenciales que establece con otras, relaciones que son siempre relaciones de poder que se manifiestan vía exclusión.

⁸ Laclau nos expone la imposibilidad de una *sistematicidad* del sistema social a partir de una concepción saussuriana del mismo: para él, dicho sistema se caracteriza por la coexistencia únicamente de diferencias, no hay positividades definidas a priori, y por lo tanto es imposible que se cierre sobre él mismo indefinidamente. No obstante, se requiere siempre, para la constitución de identidades, que el sistema determine un “adentro” y un “afuera” que las posibilite, siendo ésta una determinación contingente que se realiza por medio de una operación hegemónica: “la relación por la que un elemento particular asume la tarea imposible de representación universal” (En: Mouffe, 1998: 122).

* * *

En el presente capítulo presentamos dos plataformas de análisis que representan el núcleo teórico de nuestra tesis. En los dos capítulos siguientes desarrollamos cada una de ellas. Así, dotados de las herramientas epistemológicas watzlawickianas, el capítulo segundo trata los problemas con los que nos encontramos al momento de revisar en la literatura tradicional lo que por populismo se entiende, las causas de dichos problemas y la manera de superarlos a fin de poder comprender qué hay en el populismo que lo hace un término que se resiste al exilio que por años se le ha condenado. Ya, en el tercer capítulo, abordamos al populismo desde sus contextos de uso, de suerte que pretendemos mostrar, partiendo de los aportes de Mouffe sobre la noción derridiana del “exterior constitutivo”, la función que éste término cumple en nuestras sociedades.

CAPÍTULO 2

DEL PREJUICIO A LA RACIONALIDAD POPULISTA

Dos formas de observar al populismo: mirada dominante y mirada alternativa

Partiendo de la primera plataforma de análisis que comprometimos en el capítulo anterior (cibernética de segundo orden y pensamiento sistémico), el objetivo de este capítulo es el de sopesar los diferentes lugares desde los cuales se ha observado el fenómeno populista. Así, la finalidad es doble: por una parte, se busca establecer una breve cartografía de las definiciones de populismo que encontramos en la literatura tradicional, las perspectivas desde las que dichas definiciones se han construido y las implicaciones que estos abordajes han tenido para dicho término (como veremos: ausencia de un significado preciso y una valoración negativa del mismo); por la otra, nos proponemos presentar y asumir otra forma de entender al populismo que, en la medida en que invierte la perspectiva analítica de la interpretación oficial, representa para nosotros la *prueba de habilidad de Münchhausen* de la que nos habla Watzlawick.

1. De descripciones interminables a valoraciones negativas: lo que queda de un sistema de observación y un modelo de racionalidad limitada.

Lo que en esta primera sección se pretende, a través de un breve recorrido por una serie de definiciones y abordajes del populismo presentes en la literatura tradicional, es: 1) demostrar la dispersión lingüística y semántica que acompaña al término populismo; y 2) identificar los elementos que aquí consideramos son los *lugares comunes* de aquel sistema de observación

que, ante la imposibilidad de comprender al populismo, lo ha llevado a ubicarlo en los márgenes del discurso de las ciencias sociales.

1.1. La emergencia del término y sus referentes históricos.

Peter Worsley, en su contribución a un texto compilatorio ya clásico sobre el tema, nos permite identificar el malentendido, si se quiere, que ha existido con respecto al término populista desde su emergencia, pues, como toda traducción, la del populismo es una atribución de significado antes que una equivalencia neutral (En: Ionescu y Gellner, 1970: 266).

Según el autor, el término se inoculara a partir de dos referentes históricos casi simultáneos, desconocidos entre sí y con más rasgos diferenciadores que comunes: la experiencia del *narodnichestvo* en la Rusia zarista y el movimiento de los *farmers* en el Medio Oeste norteamericano. No obstante, el vocablo “populismo” como tal viene de la traducción del término ruso *narodniki* (*narod*= pueblo, nación, etc.) que denota, según Moira y Petrone, tanto una *actitud* particular dentro del movimiento radical, que destaca el carácter humilde del pueblo, como un *movimiento* revolucionario utópico no marxista de base rural y con un contenido antielitista (Moira y Petrone, 1998: 15). Igualmente, los *farmers* norteamericanos, oficialmente a partir de la creación del Partido del Pueblo (*People's Party*) a mediados de 1890, se autodenominaron como populistas conforme a las experiencias y particularidades propias de su movimiento.

Sin embargo, estas autodenominaciones por parte de los actores de estos movimientos políticos, que podemos llamar populismos originarios o primigenios, fueron excepciones, en la medida en que un rasgo fundamental del uso del término resulta del hecho por el cual “populismo”, lejos de ser un calificativo con el que se autodenominan los actores que pertenecen a un

movimiento particular (¡nosotros los populistas!), ha sido una categoría analítica siempre impuesta por un observador externo a dicha experiencia. En este sentido, identificamos ya una primera dificultad en el uso del término en tanto calificativo impuesto y, con ello, vamos advirtiendo de una vez las implicaciones que esto puede tener en la observación de los fenómenos políticos que son definidos como populistas.

Por otra parte, es harto conocido que las experiencias histórico-políticas que tuvieron lugar en la América Latina de 1930 en adelante, fueron agrupadas bajo el término populismo, atribuyéndole al mismo nuevos significados y valoraciones negativas. Vale decir que este calificativo no se ha limitado a las experiencias latinoamericanas, pues experiencias de todo el mundo, sumamente disímiles entre sí, también han sido cobijadas por esta categoría⁹.

1.2. Los significados del populismo.

Dada la vastísima literatura existente sobre el tema y por ello las casi interminables y múltiples definiciones que de populismo en ella se pueden encontrar, lo que aquí pretendemos es presentar una serie de autores y de definiciones partiendo de un criterio de selección (es cierto, arbitrario) que da prioridad a aquellos que por su difusión o permanencia en los programas de estudio de muchas instituciones académicas hoy siguen dando de qué hablar.

Dejando sentada tal salvedad, podemos iniciar nuestro recorrido diciendo que el populismo ha sido abordado desde distintas aristas que, como veremos, todas comparten, aunque unas más que otras, una perspectiva

⁹ Sólo para dar una idea: populista ha sido tanto Tito como Milošević, tanto George Wallace como Ghandi, y, por ahí, empezamos ya a cuestionarnos sobre la relevancia y pertinencia analítica del concepto populista tal como ha sido abordado.

analítica particular que lleva a la descalificación y patologización del fenómeno populista. En aras de la coherencia de nuestros argumentos e ideas hemos decidido dividir las distintas aproximaciones del populismo bajo dos grandes categorías¹⁰: *la perspectiva empirista y la perspectiva historicista*.

1.2.1. Perspectiva empirista.

Partiendo de un claro descriptivismo, esta perspectiva pretende establecer generalizaciones a partir de la identificación y enumeración de una serie de rasgos positivos, en aras de construir un grupo de atributos que distingan a este fenómeno de otros. Claros representantes de esta perspectiva son Peter Wiles (En: Ionescu y Gellner, 1970: 203 - 220) y Donald MacRae (En: Ionescu y Gellner, 1970: 187 - 202).

Wiles sostiene que el populismo es un síndrome político en tanto es un “credo o movimiento fundado en la siguiente premisa principal: *la gente simple, que constituye la aplastante mayoría, y sus tradiciones colectivas son depositarias de la virtud*” (En: Ionescu y Gellner, 1970: 203). Así, partiendo de esta premisa fundamental, define al populismo a partir de las que, según él, son sus veinticuatro características, entre las que podemos encontrar el carácter rural, antiintelectual y antielitista del movimiento, la relación mística entre el líder y las masas e, incluso, la de asumir a la cooperativa como su organización económica por excelencia.

¹⁰ No sobra decir que dicha categorización responde a motivos heurísticos y, por ello, no pretende ser una rígida clasificación que homogenice a los autores que en ella inscribimos, de suerte que advertimos que es necesario tener en cuenta que entre los mismos existen matices y diferencias pero que, como ya lo dijimos, en lo fundamental comparten una visión negativa del populismo.

Por otro lado, MacRae considera que el populismo es una *ideología* que contiene unos elementos particulares, básicamente, referidos al contenido social que le es exclusivo: el campesinado. El autor afirma que

emplearemos en forma automática y correcta la palabra populista cuando, ante la amenaza de algún tipo de modernización, industrialización o como quiera que se lo llame, surge un sector predominantemente agrícola en la población que presenta un programa de acción política que reúne las siguientes características: creencia en una comunidad y (por lo corriente) un *Volk* como los únicos virtuosos; sentimiento igualitarista y contrario a todas las élites, de cualquier índole que fueren; búsqueda de un pasado mítico para regenerar el presente; equiparación de la usurpación del poder con la conspiración extranjera; rechazo de toda doctrina que postule la inevitabilidad social, política o histórica, y, como consecuencia de esto último, creencia en un apocalipsis inminente e instantáneo, mediado por el carisma de los líderes y legisladores heroicos –una suerte de nuevos Licurgos-. Si junto a todo ello encontramos un movimiento o asociación de corta vida tendientes a alcanzar fines políticos mediante la intervención estatal, pero no un partido político serio, auténtico y continuo, entonces estamos ante el populismo en su forma más típica (En: Ionescu y Gellner, 1970: 200-201).

El carácter problemático de este tipo de definiciones salta a la vista, pues cuantos más rasgos se incluyen para dar una unidad al concepto general menor será la relevancia del mismo en el análisis concreto (Tomado de Laclau, 2005: 22).

Por ello, no es de extrañar que en ambos autores que hemos citado, las contradicciones y la necesidad de establecer excepciones sean evidentes. Así, por un lado, Wiles, una vez ha establecido las veinticuatro características que, según él, definen al populismo como movimiento o credo, debe dedicar

el resto de su trabajo a lo que él denomina una “excepción aplastante”: el populismo ruso; y, por el otro, MacRae debe reconocer que aquello que él llama los “variados populismos nativos” no logran adaptarse a su modelo ideal.

En conclusión, las descripciones y excepciones exhaustivas que caracterizan a esta perspectiva nada nos dice sobre la especificidad del populismo, más bien nos remiten a una amplia enumeración de rasgos que supuestamente lo definen, principalmente, atribuyéndole un contenido social particular dada su base agraria. Este tipo de definición también se conservará en los análisis de la experiencia latinoamericana, sólo que esta vez se destacará que el componente social principal, contrario a los populismos de antaño, será urbano.

1.2.2. Perspectiva historicista.

Este tipo de perspectiva considera que el populismo adquiere su significado según el momento histórico dentro del cual emerge y la forma en que combina una serie de elementos presentes en dicho momento. Típico de esta perspectiva son los estudios y análisis sobre lo que se ha conocido como la “era dorada del populismo”, caracterización que se limita a las experiencias políticas latinoamericanas de 1930 en adelante.

En términos generales, los autores que entran en esta clasificación consideran que el populismo siempre emerge bajo procesos de transición, de cambio social o de crisis, de suerte que, desde esta perspectiva, el populismo se *aprovecha* de la situación caótica y anómica que vive la sociedad. Podemos distinguir dos grandes tendencias según la interpretación que se le dé a este momento crítico: una interpretación desde la teoría de la modernización y otra desde la teoría marxista.

Aquellos que hacen una lectura de esta situación teniendo como telón de fondo la teoría de la modernización (y el aspecto normativo que de ella se desprende en toda valoración), consideran que el populismo emerge en el tránsito de las sociedades tradicionales a las sociedades modernas, de suerte que las variaciones que este fenómeno sufre son consecuencia del choque entre ambos estadios de desarrollo. En esta vía, un autor como Gino Germani (1971), haciendo énfasis en los aspectos premodernos del populismo (o de los movimientos nacional-populares como los llama), lo define a partir de la ausencia de una mediación institucional entre los líderes y quienes están siendo incorporados a la vida política (léase masas), en tanto que el carácter anómico de la sociedad lleva a que éstos sigan ciegamente las prerrogativas de quien los lidera. En esta lectura, entonces, tenemos una interpretación del populismo que lo asume como una desviación de lo que debería ser el tránsito de un estadio a otro, cuya principal característica sería la ausencia de los elementos de la democracia representativa (forma de organización política paradigmática de la modernidad).

La otra tendencia que también podemos ubicar en esta perspectiva historicista, es aquella que considera que este momento de crisis es producto de las transformaciones estructurales de la economía capitalista. Dentro de ella encontramos el trabajo de Octavio Ianni quien observa al populismo latinoamericano dentro del “contexto del proceso de desarrollo de las relaciones de producción capitalista”, y afirma que este fenómeno emerge gracias a los “cambios económicos, sociales y políticos provocados por la formación del capitalismo industrial y la urbanización de tipo capitalista.” (1975: 16 y 29). Así bien, destaca que la particularidad del populismo radica en el carácter mistificador de su ideología pues, a través de ella, borra las diferencias de clase bajo la idea armoniosa del pueblo, de suerte que “las clases subalternas terminan sometiéndose al principio de la ‘alianza

poli-clasista” (1975: 176). De ahí que, el populismo, sea considerado como un fenómeno político que simplemente rearticula la estructura social a favor de la nueva burguesía industrial, a partir de la manipulación de las clases subalternas que se rinden ante las estrategias de las nuevas clases dominantes.

Lo que resulta clave aquí, es destacar que si bien la orientación teórica desde la que se pretende explicar el fenómeno cambia, se conservan los imaginarios del carácter transitorio del populismo, de la acriticidad e irracionalidad de las masas y la heteronomía de los grupos que las movilizan. En este sentido, resulta esclarecedora la definición que de populismo nos presenta Alistair Hennessy, quien, destacando de nuevo el carácter transitorio del mismo, hace explícita su condena al populismo de la siguiente manera:

Para sintetizar, podemos considerar al populismo urbano latinoamericano como un mecanismo manipulativo para el control de poblaciones marginales, que proporciona un medio de integrar a los migrantes en la vida urbana [...] [y que] no plantea desafío alguno al statu quo (En: Ionescu y Gellner, 1970: 49-50).

De esta perspectiva historicista tenemos, entonces, el carácter transitorio y manipulador del populismo que sirve para reacomodar la estructura social y adaptarla a las nuevas formas requeridas ya sea por el proceso de modernización (por vías no modernas) o por vía de la economía capitalista en su fase de industrialización.

En suma, tomando en conjunto lo que ambas perspectivas (la empirista y la historicista) nos dejan ver, podemos decir que el populismo puede llegar a significar tantas cosas que, al fin y al cabo, es imposible identificar en él un

contenido particular: se refiere tanto a movimientos de base rural que tienen su origen en el siglo XIX, tales como el populismo ruso y el populismo norteamericano, como a los movimientos que, contando con una base social heterogénea y urbana, dieron lugar al establecimiento de Estados y regímenes en Latinoamérica bajo el contexto de la crisis económica del 29. Asimismo, el populismo también es definido como la consecuencia transitoria de un momento de cambio social que aprovecha las circunstancias críticas del momento, o como una ideología o credo que resalta los valores de la gente simple, que muestra un sesgo antiintelectual y antielitista y que pretende socavar el statu quo. Igual, podría decirse que es todo lo anterior, pero con este tipo de afirmaciones no estaríamos diciendo nada, pues caeríamos de nuevo en los problemas típicos de la aproximación empirista: nos llenamos de descripciones para luego llenarnos de excepciones, y de nuevo estamos en un punto muerto.

En conclusión, queda claro pues, que el populismo es aquello que con Watzlawick llamamos una realidad de segundo orden, en la medida en que es una construcción de los observadores a partir de valoraciones (en nuestro caso negativas) y atribuciones de significado que se inscriben dentro de un sistema de observación particular. Y bien sabemos, como ya lo mencionamos en el capítulo anterior, que todo sistema de observación se caracteriza por establecer una matriz cognitiva que, basándose en distinciones de distinciones, conlleva a una circularidad en el acto cognitivo (véase capítulo 1, numeral 1.2.2.). Por ello, en los abordajes tradicionales del populismo no sorprende encontrarnos con un *circuito sin fin* que siempre conlleva a la descalificación del mismo, en tanto que la mirada prejuiciosa que sobre el fenómeno se establece termina corroborando los preconceptos implícitos en la matriz cognitiva del sistema de observación (recordemos: el observador construye lo que ve y ve lo que construye).

A continuación, nuestra tarea será la de presentar aquellas distinciones que logramos identificar en las observaciones oficiales del populismo que nos permiten caracterizar, de una manera más general, lo que aquí hemos llamado *sistema de observación oficial de fenómenos políticos*.

1.3. Caracterización de un sistema de observación que condena un fenómeno político.

Podemos afirmar que la valoración negativa del populismo, y su recurrente (re)confirmación en la observación del fenómeno, se desprende de un sistema de observación que postula un modelo de racionalidad política (para nosotros limitado) que parte de las clásicas distinciones entre Razón/emoción, consenso/antagonismo y lógica/retórica, resaltando siempre el primero de los polos en detrimento de su opuesto.

En este orden de ideas, el modelo de racionalidad política que este sistema de observación defiende, y a partir del cual observa los fenómenos políticos, considera que la política es una cuestión que atañe al dominio de la Razón, donde individuos autónomos y libres, entendidos como totalidades coherentes, logran construir racionalmente un orden social que, sentado de una vez y para siempre, establece las reglas de juego dentro de las que se enmarcarán los intercambios consensuales. Así, la visión de política que este sistema defiende concierne a la mera negociación de individuos según los intereses de cada uno bajo una unidad fija de la formación social que se expresa en un concepto positivo (el orden legal).

Por otra parte, y para efectos de síntesis, consideramos que las distinciones que dan forma a la racionalidad política que caracteriza al sistema de observación oficial de los fenómenos políticos que condena al populismo, al asumirlo como el “otro” de una forma dignificada y racional de ejercer la

política, pueden agruparse bajo lo que Eduardo Grüner denomina las *ilusiones imprescindibles* que hoy son ya lugares comunes. Aunque son tres las ilusiones que él destaca, aquí deseamos resaltar dos: la ilusión de la comunicación y la ilusión de la democracia (Grüner, 2005: 142).

La primera ilusión, la de la comunicación, considera que es posible (y deseable) expulsar las relaciones de poder y de dominación de los fenómenos comunicativos de toda sociedad, de suerte que parte de la idea por la cual el lenguaje es un médium diáfano e inocente que permite una sólida negociación entre distintos grupos previamente constituidos. Así bien, es de esperar que los tropos y los símbolos populistas, por parte de este sistema de observación, sean asumidos como meras distorsiones y adornos del lenguaje que tienen por objetivo la manipulación de quien recibe el mensaje, socavando el orden de una comunicación transparente, fluida y no contaminada.

La segunda ilusión, la de la democracia, resulta de la idea de una sociedad basada en el consenso pretendiendo forcluir que todo acuerdo es producto de una relación de fuerzas, pretendiendo olvidar que las dimensiones conflictivas y antagónicas son constitutivas de todo orden social. Por tal razón, resulta problemático para este sistema de observación explicar la forma en que opera y en que resulta efectiva la lógica antagónica que caracteriza al populismo (la dicotomización del espacio social que requiere para su funcionamiento), pues no cuenta con las herramientas necesarias para hacerlo, de suerte que, por cuestiones prácticas, apela a su descalificación.

En este sentido, no deja de ser preocupante que estas afirmaciones puedan resumirse en el hecho por el cual los abordajes tradicionales partan de una perspectiva analítica particular: la de explicar el fenómeno populista en

términos de lo que le hace falta (o, diríamos mejor, aquello de lo que carece con respecto a esa forma política dignificada y racional). En palabras de Moira y Petrone:

el problema que tienen, a nuestro juicio, la mayoría de las interpretaciones, estudios y artículos sobre populismo, antiguos y/o recientes, es que en su gran mayoría se parte desde un lugar que lleva a destacar las características negativas del fenómeno y, por ende, a definirlo por la carencia (1999: 43).

Entonces, si el populismo no puede ser reducido a un contenido social particular o una institución política determinada (movimiento, régimen, ideología, etc.), ni tampoco a una expresión de una situación histórica particular, y si, además, rechazamos la idea de definirlo en términos negativos, resulta legítimo preguntarnos: ¿Cómo podemos salir de este circuito sin fin al que nos ha remitido un sistema de observación que condena al populismo? Pues ya sabemos la respuesta: a través de la *prueba de habilidad de Münchhausen* representada por Ernesto Laclau.

2. Nuestra prueba de habilidad de Münchhausen: Ernesto Laclau y la construcción del “pueblo”.

Partamos diciendo que Laclau representa nuestra *prueba de habilidad de Münchhausen* en tanto que, de manera similar al proceso del terapeuta con su paciente que describimos con Watzlawick en el capítulo anterior (véase numeral 1.3), establece una *técnica de reestructuración* en el campo político que tiene por objetivo construir un nuevo aspecto del fenómeno populista a través de la inversión de la perspectiva analítica oficial, de forma tal que lo que nos ofrece es una lectura afirmativa del mismo partiendo de la teoría del discurso y de los aportes del psicoanálisis a la teoría política. De ahí que su modelo de racionalidad política ampliada nos permita identificar la relevancia

que tiene el antagonismo, los significantes vacíos¹¹ y el afecto en toda formación política.

Digamos también que la contribución de Laclau a nuestra discusión sobre el populismo radica en que, finalmente, nos permite responder a la pregunta que permanecía sin respuesta por parte de la literatura tradicional: si el populismo no puede reducirse a un contenido social, ni a una institución política y menos a una expresión de una situación histórica particular, entonces, ¿qué hay en él que nos permite agrupar a tantos y tan diversos fenómenos políticos? Laclau nos dirá que lo que hay en el populismo es una lógica discursivo-política que construye un “pueblo” (entendido como el vínculo social entre distintos sectores de la sociedad) por medio de la articulación de una heterogeneidad de elementos que se encuentra presente, en diferentes grados, en toda formación política. En otras palabras, Laclau nos muestra que el populismo no es una categoría óptica, es decir, una categoría a la que corresponda un contenido particular, una esencia, sino que es una categoría ontológica, en el sentido que su especificidad siempre dependerá de las formas en que relacione y articule unos contenidos propios de la situación en la que se desarrolla.

Nuestra labor será, en lo que sigue, mostrar al lector en qué consiste esta lógica discursivo-política. No obstante, primero creo necesario resaltar algunas características y precisiones teóricas que nos permiten identificar globalmente en qué consiste este sistema de observación laclauiano, destacando cuál es la concepción de política de la que parte y cómo, desde ahí, considera que la construcción de la misma adquiere una *forma general*.

¹¹ Aquí usamos el término *significantes vacíos* como el equivalente a la *retórica* en su concepción tradicional (como supuesto adorno, siempre innecesario y manipulador, del lenguaje), a fin de evitar confusiones con la noción de *retórica* que Laclau defiende, pues dentro de su enfoque ésta es entendida ya no como una dimensión meramente lingüística sino como “la lógica misma de la constitución de las identidades políticas” (Laclau, 2005: 34).

2.1. Algunas precisiones teóricas.

Para Laclau la política hace referencia a los momentos de ruptura con una lógica situacional a través de los cuales se constituye un vínculo social que da lugar a la unidad de un grupo que incluye a varios sectores de la sociedad. En su enfoque lo político “deja de ser una categoría regional y es definido como el momento de la institución de lo social”, cuyos requerimientos fundamentales son “la constitución de fronteras antagónicas y la convocatoria de nuevos sujetos de cambio social” (Laclau, 2005: 194 y 195). Asimismo, al contrario del sistema de observación oficial, aquí la política no se encuentra fundada sobre una esencia propia de la comunidad y la ley, sino que es una construcción contingente desde una perspectiva relacional.

Ahora bien, según nuestro autor, la *forma general* que en su enfoque se construye lo político (como también en el caso del populismo) tiene que ver con la relación entre tres categorías, a saber: *Discurso, retórica y ontología*.

Al contrario de la noción usual, por *discurso* (o campo discursivo) entiende la dimensión co-extensiva de lo social que hace referencia a un campo relacional que involucra tanto elementos lingüísticos como no lingüísticos, dentro del cual se constituyen diferencialmente las identidades políticas a través de una articulación particular. En este sentido, su punto de partida, desde una perspectiva claramente saussuriana, es que “algo es lo que es sólo a través de sus relaciones diferenciales con algo diferente”; de ahí que toda formación política conlleve una dimensión ontológica que supera los contenidos ónticos que en ella se puedan encontrar (Laclau, 2005: 92).

Dada pues esta visión relacional y diferencial, Laclau considera a las operaciones político/hegemónicas como aquellas que instituyen el orden social a través de movimientos tropológicos que, ante la imposibilidad de acceder a la plenitud de la comunidad (objeto imposible y necesario), logran establecer un horizonte que asume el papel de aquella plenitud mítica por medio del carácter constitutivo del antagonismo y de la utilización de *significantes vacíos*¹² que funcionan catacrética y sinecdóticamente (buscan nombrar aquello que es innombrable - la ausencia de plenitud – a través del proceso por el cual una particularidad asume un carácter universal que la trasciende).

Todo este proceso, como ya lo dijimos, se consolida en el momento de la articulación política que logra vincular los distintos elementos que componen el campo relacional en torno al punto nodal representado por un significante vacío que, por su misma vaguedad, *nombra* aquella plenitud de la sociedad.

2.2. El populismo como lógica discursiva.

Si ya tenemos la *forma general* por la cual según Laclau se construye lo político, lo que nos queda es presentar la manera en que el populismo desarrolla esta forma general y el rol central que en ella tiene aquellos elementos que el sistema de observación oficial de fenómenos políticos ha desestimado, a saber: el antagonismo, los significantes vacíos y el afecto. Para esto, partiremos de una definición estratégica de populismo conforme a los planteamientos laclauianos, para luego establecer la efectividad política de cada uno de estos tres elementos.

¹² Laclau considera que es más acertado hablar de *significantes de vacuidad tendencial* en vez de *significantes vacíos* como tal, en tanto que, estrictamente hablando, no existen significantes que sean realmente vacíos: su vacuidad dependerá de la tradición lingüística e histórica que caracteriza al contexto dentro del cual se desarrolla el proceso de articulación política (Butler, Laclau, Žižek, 2005: 303).

2.2.1. Una definición estratégica de populismo.

El populismo puede ser definido como un acto performativo dotado de una racionalidad discursiva que por medio de su vaguedad e imprecisión logra construir significados políticos relevantes que condensan una serie de reclamos sociales haciéndolos equivalenciales entre sí, creando con ello un sujeto popular que incluye tanto viejos como nuevos actores sociales de una forma particular.

Así pues, para que el discurso populista unifique efectivamente esta heterogeneidad de reclamos sociales, deberá cumplir con una serie de condiciones que a continuación presentamos esquemáticamente conforme a los elementos que determinan la relevancia política del mismo.

2.2.2. Antagonismo.

Ante la multiplicidad caótica de reclamos sociales que desde distintos lugares de la sociedad emergen, el populismo personifica discursivamente un enemigo, identifica un “otro” del “pueblo” (elites financieras, la oligarquía, el imperialismo yankee, etc.) a quien se le atribuye la responsabilidad de la insatisfacción de dichas demandas, de tal forma que lo que hace es crear una frontera antagónica que divide al espacio social en dos campos. En este sentido, el rol del antagonismo será, pues, el de constituir una identidad común a la pluralidad anárquica de demandas particulares que estos distintos sectores establecen, de suerte que, por medio de una construcción de identidad por alteridad, se logra constituir un “pueblo”, una identidad popular.

En esta vía, tenemos pues un primer lazo equivalencial entre las distintas demandas (o una cadena equivalencial), aun cuando la identidad popular

que se constituye resulta todavía muy restringida. Ahora, si de lo que se trata es de construir una identidad popular más amplia y un enemigo más global, será indispensable el uso de *significantes vacíos*.

2.2.3. Significantes vacíos.

Los significantes vacíos son definidos por Laclau como “[aquellos significantes que] no tienen ningún vínculo *necesario* con un contenido preciso, sino que simplemente nombran el reverso positivo de una experiencia de limitación histórica” (por ejemplo, “justicia” como el reverso de un sentimiento generalizado de injusticia) (Butler, Laclau, Žižek, 2005: 188).

La función de estos significantes es condensar la totalización de la cadena equivalencial que se deriva de una operación hegemónica que ocurre cuando un eslabón de la cadena (una demanda particular), por cuestiones contextuales e históricas, asume el rol de una universalidad que la trasciende, de tal forma que comienza a significar algo más que su propia particularidad: la cadena total de equivalencias.

Así, por ejemplo,

Durante un tiempo breve después de 1989 [...] el “mercado” significó, en Europa del Este, mucho más que un orden puramente económico: abarcaba, a través de vínculos equivalenciales, contenidos tales como el fin del gobierno burocrático, las libertades civiles, ponerse a la altura de Occidente, etcétera (Laclau, 2005: 124)¹³.

¹³ Sin duda este tipo de situación cobra relevancia en el contexto colombiano, incluso hasta podríamos afirmar, parafraseando a Laclau: Después de 2002, con la elección de Álvaro Uribe, “seguridad” significa, en Colombia, mucho más que un orden puramente policial: abarca, a través de vínculos equivalenciales, contenidos tales como crecimiento económico, mayor acceso a la educación, fortalecimiento de la democracia, etc.

Luego, la vaguedad e imprecisión del discurso populista y la importancia que tienen sus símbolos y la figura del líder, no son expresiones de irracionalidad o de una falla cognitiva en su interior, sino que es una construcción político-performativa que hace referencia a la producción de significantes vacíos que articulan una serie de elementos heterogéneos. Así pues, se constituye un “pueblo” que no es ni étnica ni sociológicamente determinable, sino que es una elaboración política que crea vínculos sociales por medio de la lógica equivalencial que prima entre una serie de sujetos que se identifican con el discurso que los interpela.

No obstante, la importancia del significante vacío, en tanto el punto nodal que articula un conjunto de demandas equivalenciales, no sería tal si el proceso de significación no estuviera estrechamente ligado al afecto (entendido, en términos psicoanalíticos, como el goce que nos produce la satisfacción de cierta pulsión).

2.2.4. Afectos.

Digamos que la relación entre significación y afecto parte de la idea psicoanalítica por la cual un objeto investido afectivamente significa más que su mera significación “objetiva”.

En esta vía, Laclau explica el rol del afecto en el populismo de la misma manera que en el psicoanálisis se explica la pérdida del objeto primordial (la madre) y su recurrente intento por recuperarlo a través de objetos parciales. Lo que resulta clave, tanto en psicoanálisis como en política, es que el objeto parcial que se elige no es un simple señuelo de aquella pérdida, sino que constituye el horizonte de la plenitud mítica como tal, pues “llena” el vacío que el objeto primordial ha dejado.

En el campo político, esto se presenta cuando los significantes vacíos que articulan el conjunto de demandas equivalenciales, en tanto objetos parciales, son cargados afectivamente pues ellos condensan la plenitud de la sociedad que, en momentos de crisis sistémica, había sido puesta en entredicho.

En este sentido, el éxito político del populismo tiene que ver, aunque muchos prefieran negarlo y desestimarlos antes que preocuparse por construir una teoría unificada que explique estos fenómenos, con una construcción de identidades políticas que, desde el momento del antagonismo, establece una economía del afecto particular, pues se basa en el odio y repulsión por el enemigo, en el amor por el líder, en la esperanza de las personas de mejorar su situación y, en fin, una serie de emociones y posturas que nunca son automáticas sino más bien complejas e indeterminadas, pues pertenecen al dominio del inconsciente.

* * *

En este capítulo demostramos, primero, que el populismo no existe como una realidad empírica, es decir, como un fenómeno político particular y delimitable que cuenta con características propias que lo diferencian de otros fenómenos políticos, sino que es una realidad de segundo orden cuyo denominador común es la valoración negativa que se le ha atribuido; y, segundo, partiendo de una definición afirmativa del fenómeno, que el populismo hace referencia a una categoría ontológica, por ello que consideremos que sólo existe como una lógica discursiva que se encuentra presente en todas las formaciones políticas.

En el siguiente capítulo, nos proponemos hacer un análisis del populismo desde los significados que adquiere en sus contextos de uso y de su funcionamiento como “exterior constitutivo”.

CAPÍTULO 3

LA OFENSIVA DISCURSIVA ANTIPOPULISTA

Sobre la operatividad del “exterior constitutivo” para la construcción de identidades políticas

En la actualidad es moneda corriente que el populismo sea un término al que se apela de manera recurrente en las declaraciones de los altos mandatarios, en informes de prensa y en los medios de comunicación en general, como una estrategia discursiva para (des)calificar al “otro”, en la medida en que se capitaliza la valoración negativa que histórica y discursivamente se le ha atribuido al mismo (valoración negativa que esperamos haber demostrado en la primera sección del capítulo anterior). En este sentido, la principal preocupación de este capítulo es el de cuestionarnos sobre los efectos pragmáticos de dicha (des)calificación dentro de nuestras sociedades.

Como ya lo hemos advertido, abordamos esta problemática del término populismo en sus contextos de uso, a partir de la segunda plataforma de análisis que comprometimos en el primer capítulo: aquella perspectiva que desde la filosofía política nos muestra cómo, a través de lo que llamamos “exterior constitutivo”, se construyen identidades políticas en torno a relaciones de poder.

1. La consolidación del neoliberalismo como pensamiento único y sus nuevos “enemigos”.

La intención de esta sección es brindar al lector un breve recorrido histórico a fin de mostrar el proceso a través del cual los vocablos “populismo” o “populista” terminaron siendo una estrategia discursiva de descalificación. La

idea, pues, es mostrar que el rol que hoy juega el populismo en nuestras sociedades no surge de un vacío, sino que se desprende de una constelación histórica que ha llevado a que el discurso oficial deba buscar nuevos chivos expiatorios, pues los que antes cumplían tal función ya no resultaban relevantes.

1.1. El fin de la Historia: notas sobre el evangelio Fukuyama.

Francis Fukuyama, en su libro *El Fin de la Historia y el Último Hombre* (1992), se preguntaba sobre si, luego de la caída del comunismo y de la desacreditación y repudio del fascismo, era posible hablar nuevamente de una historia direccional, orientada y coherente cuyo único destino fuera la democracia liberal, a lo que respondió, sin vacilar, de manera afirmativa. Y lo consideró así, según él, por dos razones: la primera de ellas corresponde a la economía, la segunda a la “lucha por el reconocimiento”.

Aquí nos interesa la razón económica, pues el argumento de Fukuyama es que el capitalismo es el único correlato válido de la democracia liberal (el autor lo resume como la coincidencia entre el liberalismo económico y el liberalismo político), en tanto es el orden económico idóneo para satisfacer las necesidades mínimas de todos los individuos de la sociedad. En sus palabras:

la democracia liberal es la única aspiración política que abarca las diferentes culturas y regiones del planeta. Además, los principios liberales en economía –el “mercado libre”- se han extendido y han conseguido producir niveles sin precedentes de prosperidad material, lo mismo en países industrialmente desarrollados que en países que al terminar la segunda guerra mundial formaban parte del Tercer Mundo (1992: 14).

Esta argumentación lleva a Fukuyama a afirmar que estamos en el “fin de la Historia”, no porque ya no ocurran acontecimientos o hechos que alteran la vida de los individuos (eso lo deja claro), sino en el sentido en que la democracia liberal y el orden económico que la respalda, el capitalismo, se nos presentan como la forma más acabada de cualquier orden social, de suerte que no existe otra alternativa posible. No en vano afirma que

Quienes vivimos en democracias liberales que han perdurado nos hallamos en una situación poco habitual [...] nos cuesta imaginar un mundo que sea radicalmente mejor que el nuestro, o un futuro que no sea esencialmente democrático y capitalista. (Fukuyama, 1992: 83)

Y más adelante, a fin de fortalecer la idea por la cual no existe alternativa al par democracia-capitalismo, sostiene que esto es así ya que

Al llegar al final de la historia no quedan ya competidores ideológicos serios para la democracia liberal [...] parece haber un consenso general que acepta la pretensión de la democracia liberal de ser la forma más racional de gobierno, o sea, el estado que satisface más plenamente ya el deseo racional, ya el reconocimiento racional. (Fukuyama, 1992: 289).

En cuanto a esta última afirmación, podemos interpretar el enunciado de Fukuyama por el cual “al llegar al final de la historia no quedan ya competidores ideológicos serios para la democracia liberal”, como el agotamiento de los antiguos enemigos, de los antiguos “exteriores constitutivos” que hacían que la simbiosis democracia-capitalismo asumiera una identidad particular que se derivaba, principalmente, de la amenaza que ellos representaban.

Así, lo que tenemos en la etapa que apologéticamente Fukuyama denomina como el “fin de la Historia”, es un proceso doble: por un lado, encontramos

un proceso por el cual la simbiosis democracia-capitalismo comienza a generar un discurso de “naturalización” (discurso neoliberal) y con ello bloquear la posibilidad de imaginar un orden social alternativo; y por el otro, nos topamos con un proceso de reestructuración simbólica que toda sociedad debe llevar a cabo cuando inicia una nueva etapa a fin de establecer los nuevos parámetros que la regirán.

Ahora bien, profundicemos en ambos procesos, pues ellos nos arrojan las claves que nos permiten entender la función que vendría a tomar el término populismo en nuestras sociedades.

**1.2. Los procesos que dieron forma al “final de la Historia”:
“naturalización” de un discurso y reestructuración simbólica de
una sociedad.**

En cuanto al primer proceso, cuando decimos que el discurso neoliberal se “naturaliza”, nos referimos a aquella dinámica que hace que un discurso se convierta en el discurso único, esto es, cuando comienza a funcionar, según Bauman, como “el marco *a priori* de todos los futuros discursos, separando lo importante de lo que pasa inadvertido, otorgando o negando relevancia, determinando la lógica del razonamiento y la evaluación de resultados” (2001a: 136) Sin embargo, como lo veíamos ya en Fukuyama y siguiendo con Bauman, la particularidad del discurso neoliberal, lo que lo hace un discurso único como tal, “es precisamente la ausencia de cuestionamiento, su entrega a lo que considera la lógica implacable e irreversible de la realidad social” (Bauman, 2001a: 136).

Por ello, el neoliberalismo se ha convertido en la “filosofía insuperable de nuestro tiempo” ya que ha logrado “naturalizarse”, es decir, ha logrado “crear una nueva situación”, como diría Fredric Jameson, “que bloquea nuestra

capacidad de imaginar el futuro [de forma tal que] el mundo queda enteramente soldado en un sistema total del que nadie puede separarse.” (Jameson, 1999: 126)

Ahora, si bien ya tenemos un orden neoliberal que se hace sistema, que establece unas prescripciones que instauran el marco de expresión para otros discursos, el rompecabezas estaría incompleto si dicho sistema no lograra identificar un “otro”, un “exterior constitutivo” que, al representar una amenaza para el mismo, le permita consolidar su identidad, quedando con ello sentada la base del antagonismo y la exclusión como dimensiones constitutivas de la política e indispensables para cualquier intento de totalización.

En este punto, entra en juego el segundo proceso que mencionamos: el de la reestructuración simbólica que debe realizar toda sociedad cuando inicia una nueva etapa, en nuestro caso la etapa del “fin de la Historia”.

Así bien, en la medida en que los antiguos enemigos (léase comunismo, fascismo, etc.) ya no son “competidores ideológicos fuertes” como afirma Fukuyama, una de las dimensiones de esta reestructuración simbólica que le permite a la sociedad establecer una nueva relación consigo misma, se manifiesta en el hecho por el cual el discurso neoliberal se ve obligado a crear nuevos chivos expiatorios, nuevos “demonios”, nuevos “exteriores constitutivos”, entre los cuales encontramos hoy al populismo, al mismo nivel de otros como terrorismo, fundamentalismo, narcotráfico, etc.

En conclusión, el populismo comienza a ser asumido como un término para descalificar al “otro” dadas las nuevas dinámicas que aquí agrupamos bajo la rúbrica del “fin de la Historia”, resumidas en dos procesos simultáneos: la búsqueda de nuevos chivos expiatorios dado el agotamiento de los antiguos

junto con la “naturalización” del discurso neoliberal, “una clase de discurso difícil de resistir y rechazar porque tiene de su parte a todas las fuerzas terrenas más poderosas e indomeñables, que ya han preseleccionado lo “real” separándolo de lo “no realista” y han hecho el mundo tal como es” (Bauman, 2001a: 136).

No obstante, bajo este contexto que acabamos de trazar, ¿en qué casos específicos encontramos que el populismo funciona como “exterior constitutivo”? Esta será nuestra labor en la siguiente sección.

2. El “populismo” en acción: ejemplificación y análisis sobre estrategias discursivas de descalificación.

Al ejemplificar a través de casos específicos la forma en que el populismo funciona como un término descalificador no sólo damos una base tangible a nuestras ideas, sino que también esta ejemplificación nos permite, conforme al contexto histórico que recién acabamos de presentar, primero, identificar qué se está descalificando con este término, para luego, en segundo lugar, poder determinar cuáles son los efectos pragmáticos de la enunciación de dicha descalificación en tanto fenómeno discursivo.

Un caso paradigmático de la actualidad política que ilustra cabalmente el uso desmerecedor del término populismo es el enfrentamiento manifiesto entre Estados Unidos y Venezuela, entre el líder mundial “obligado” a extender por todo el mundo los valores de la democracia y de la economía de libre mercado y el hereje de turno que no vacila en postular una alternativa a los patrones políticos hegemónicos.

George W. Bush, en el Discurso del Estado de la Unión¹⁴, afirmó sin dilación que de no aprobarse el Tratado de Libre Comercio con Colombia, en el Congreso norteamericano, se estaría ayudando a fortalecer “falsos populismos” que no apoyan la democracia. Sus palabras exactas fueron las siguientes:

Si no aprobamos este acuerdo, envalentonaremos a los que esgrimen el falso populismo en nuestro hemisferio. Debemos unirnos y aprobar este acuerdo y demostrar a nuestros vecinos en la región que la democracia lleva a una mejor vida (*El Espectador*, 29 de Enero de 2008 en línea; el discurso completo traducido se encuentra en youtube.com)

Aunque breve, este pasaje del discurso de Bush nos resulta altamente revelador en la medida en que podemos extraer valiosas interpretaciones para nuestro objetivo:

Primero, vemos la asociación que se establece entre el Tratado de Libre Comercio con la democracia lo que, a su vez, según Bush, está directamente vinculado a una “mejor vida”. Con ello, queda pues expresado la indisolubilidad del par democracia-libre mercado y las consecuencias siempre positivas que esta dupla tiene para nuestras vidas. Segundo, vemos cómo de no llevarse a cabo tal tratado, el hecho de no apoyarlo, fortalecería automáticamente al “falso populismo de nuestro hemisferio”.

No está de más aclarar que aquí “falso populismo” no indica la existencia de un “verdadero populismo” en algún otro lugar, sino que al contrario, los dos componentes del sintagma operan de una forma complementaria y se

¹⁴ El Discurso del Estado de la Unión es el discurso que anualmente el presidente de los Estados Unidos debe dar ante el Congreso, para informar sobre el estado del país y presentar sus propuestas legislativas.

fortalecen recíprocamente: así, es “falso” porque es “populismo” y es “populismo” porque es “falso”.

Otro pronunciamiento que nos sirve de ejemplo, de nuevo bajo el marco de este enfrentamiento entre ambos países, fueron las declaraciones que la secretaria de Estado estadounidense Condoleezza Rice hizo en una entrevista que le otorgó al canal Fox y que quedó registrada en la página web de Univisión. En dicha entrevista afirmó, refiriéndose a la forma en que debería frenarse un “populismo destructivo como el de Hugo Chávez”, que la cuestión

no es pararse y pronunciar discursos acerca de Hugo Chávez: es alinearnos con esos gobernantes y esos Estados que están realmente preparados para combatir el terrorismo, combatir el populismo, mantener abiertos sus mercados, cumplir con sus pueblos y gobernar democráticamente (fragmento tomado de univisión.com).

Nuevamente, el “naturalizado” lazo entre mercado libre y democracia es evidente. Pero lo que resulta más interesante es la idea de una especie de cruzada ya no sólo en contra del terrorismo (con las consecuencias que ya todos sabemos ésta ha acarreado), sino también en contra del populismo. Así bien, esta cruzada remite, pues, a la afirmación de Mouffe por la cual “la política supone la construcción de identidades colectivas y la creación de un ‘nosotros’ como opuesto a un ‘ellos’” (1999: 191); la cuestión es que ahora el “ellos” se construye en torno al populismo y al terrorismo: “están conmigo quienes no son terroristas o populistas, y están contra mí quienes si lo son.”

Pues bien, ejemplos de este tipo abundan en la actualidad. Sin embargo, creo que estos dos ejemplos, aunque cortos muy dicentes, nos permiten afirmar algo que ya parece obvio: se (des)califica con el término

“populista”/“populismo” a todo aquel que dé indicios de situarse por fuera de las prerrogativas sistémicas, es decir quienes toman medidas ajenas a lo que el orden neoliberal ha establecido como lo “naturalmente correcto”.

Ahora bien, ahondemos en esta afirmación y desarrollémosla en la siguiente sección.

3. Prerrogativas sistémicas y realidades a contracorriente: lo que se descalifica con el término “populismo”.

Si decimos entonces, que lo que se descalifica con el populismo es toda práctica antisistémica, parece más que evidente que debemos establecer cuáles son esas prerrogativas sistémicas del pensamiento único que trazan los parámetros de lo que se considera una actitud “políticamente correcta” en nuestras sociedades.

Consuelo Ahumada, en su artículo *La ideología neoliberal: una justificación teórica del dominio de los poderosos* (2002), donde examina críticamente los “planteamientos que le proporcionan una base filosófica y política al modelo neoliberal y a sus medidas concretas” (2002: 38), plantea que este modelo parte de cuatro principios teóricos fundamentales. No obstante, para efectos de nuestro objetivo, acá quisiéramos destacar dos: la eliminación de la función social y económica del Estado y la deificación del mercado.

En cuanto a la primera, encontramos que la doctrina neoliberal considera al Estado como un agente que “distorsiona” las lógicas de funcionamiento del mercado, en tanto que las medidas políticas, sociales y económicas que éste impulsa están viciadas por intereses humanos particulares que socavan el “orden espontáneo” que tiende a generar la “mano invisible”. En este sentido, el rol del Estado, según los neoliberales, se limitaría a dos funciones: “como

foro que determine las reglas del juego y como árbitro que interprete y aplique las reglas que se acuerden” (Rose y Milton Friedman citados por Ahumada, 2002: 43).

Igualmente, el desmantelamiento del Estado y su consecuente sumisión al mercado prescrito por los neoliberales, va acompañado de “la idea de que el sector público es ineficiente *per se*, en tanto que el sector privado es exactamente lo contrario” (Ahumada, 2002: 47).

En cuanto a la deificación del mercado, encontramos que la doctrina neoliberal parte de la idea por la cual la “mano invisible”, a través de sus reglas de funcionamiento que al ser tan sofisticadas resultan ser inaprensibles para el ser humano corriente, generará un “orden espontáneo” que siempre de manera “justa” dará a cada uno lo que le corresponde según tal como haya actuado.

Así, visto en conjunto, las prácticas concretas que se desprenden del discurso neoliberal (prerrogativas sistémicas), conforme a los principios que acabamos de mencionar, serían aquellas que abogan, según Ahumada, por la “apertura de las economías a los mercados y el capital internacional, recorte del gasto público y eliminación de los subsidios sociales, privatización de las empresas estatales y, en general, el establecimiento del clima más propicio para la inversión extranjera” (2002: 37).

En consecuencia, frente a tal estado de cosas, la doctrina neoliberal reza que son populistas: 1. Quienes defiendan una nacionalización de los recursos y las empresas, pues con ello se viola el mandamiento de la privatización; 2. Quienes pongan en marcha proyectos y programas redistributivos dirigidos a los sectores más vulnerables de la sociedad, porque entonces se estaría

violando el mandamiento de la austeridad en el gasto¹⁵; y, 3. Quienes asuman medidas proteccionistas o quienes no brinden un clima propicio para la inversión extranjera a través de medidas jurídicas y tributarias que la faciliten, ya que esto significaría una violación al mandamiento de la apertura económica.

4. Las formas como se ganan las hegemonías: El “populismo” como “exterior constitutivo”.

Habiendo ya dejado claro a qué realidad se refiere el término populismo en nuestras sociedades capitalistas actuales, podemos analizar, entonces, cuáles son sus efectos pragmáticos, es decir, qué implica que un discurso como el neoliberal descalifique al “otro” a través del uso del término “populista”/“populismo”.

Recordemos que en el primer capítulo dijimos que la noción derridiana de “exterior constitutivo”, adoptada por Chantal Mouffe, indicaba que la condición de existencia de toda identidad era la afirmación de una diferencia, la determinación de un “otro” que le sirviera de “exterior”. Y dijimos también, que toda identidad, para constituirse como tal, debía, entonces, excluir algo a fin de establecer una violenta jerarquía entre los dos polos resultantes.

En este sentido, el término “populista”/“populismo” cumple la función del “exterior constitutivo” en la medida en que el discurso neoliberal, ante el agotamiento de los antiguos “enemigos” de la sociedad, promueve discursivamente su existencia no sólo para descalificar una serie de prácticas políticas y económicas antisistémicas, sino también porque con ello constituye su identidad, pues quien descalifica, al mismo tiempo, indica que

¹⁵ No es gratuito que la frase que Milton Friedman acuñó, “*los almuerzos gratuitos no existen*” (“*there ain’t no such thing as a free lunch*”), se convirtiera en el dogma de la economía liberal estadounidense más radical. (Tomado de Bauman, 2001b: 10)

se identifica con una especie de “nosotros los correctos” en contraposición a unos “ellos los herejes”.

En otros términos, el poder que efectúa el discurso neoliberal en nuestras sociedades le permite crear y definir un “otro” que, independientemente que “realmente” sea lo que dicen que es, cumple una función política fundamental: legitimar y totalizar, por vía de exclusión de un “otro” que se muestra anormal y extraño, una situación sociopolítica determinada: la primacía del mercado por sobre todas las cosas.

Así, la importancia que representan estas dinámicas discursivas descalificadoras para la política radica en que tienen que ver con la forma en que se ganan las hegemonías, es decir, con las formas en que se logra dotar de un horizonte de sentido y de significados políticos relevantes a una sociedad persuadiendo, seduciendo con este tipo de dualismos que, si bien parecen simples, tienen efectos materiales que no se pueden desconocer, en la medida en que no podemos negar que, en este tipo de situaciones, el lenguaje no sólo denota o nombra, sino que también crea realidades, representaciones conforme a las cuales las personas actúan en la sociedad.

APÉNDICE 1: ¿Y qué pasa con los populismos neoliberales?

Para nadie es un secreto la existencia de gobiernos que pueden ser clasificados como populistas aun cuando sus premisas sean (o fueron) claramente sistémicas; por ejemplo, Ronald Reagan en Estados Unidos, Margaret Thatcher en Gran Bretaña o, actualmente, Silvio Berlusconi en Italia.

Entonces, si aquí hemos dicho que “populismo” se refiere a una serie de prácticas antisistémicas, ¿cómo explicar esta aparente contradicción? ¿Cómo explicar la existencia de estos populismos paradójicos?

Primero, hay que tener en cuenta el carácter *performativo* del lenguaje y el poder de definición que tiene un discurso como el neoliberal en la actualidad. Luego, independientemente de lo que se entienda “objetivamente” por populismo, éste adquiere un significado particular al momento de ser empleado por los representantes del neoliberalismo para descalificar realidades concretas.

Por otra parte, y retomando la afirmación que realizamos en el capítulo anterior según la cual el populismo es una dimensión que se encuentra presente, de alguna u otra manera, en toda formación política, vale tener en cuenta que, haciendo uso de la distinción lacaniana entre el otro (*autre, a*) y el Otro (*Autre, A*)¹⁶, el populismo es el otro (y no el Otro) del neoliberalismo, lo cual significa que no existe una alteridad radical entre ambos, sino sólo una diferencia que se construye políticamente por este último para ser excluida, aprovechando en gran parte la valoración negativa que se ha sedimentado históricamente en torno al término “populismo” y la ausencia de un significado preciso del mismo. En otras palabras, podríamos decir que la construcción de esta diferencia radica en una especie de impostura semántica que lleva a cabo el discurso neoliberal para así consolidar su identidad, construir un “nosotros” en torno a un “ellos”.

En suma, no desconocemos la existencia de estos populismos paradójicos, más sin embargo destacamos que nuestro objetivo ha sido el de comprender una operación ideológica de legitimación puesta en marcha por el discurso neoliberal al descalificar al “otro” a través del uso del término “populista”.

¹⁶ Francisco Ortega ilustra esta distinción en los siguientes términos: “De manera sucinta es posible definir al otro como aquel que no es realmente el Otro sino una proyección del yo, a la vez contraparte e imagen especular [...] Por su parte el Otro es, para Lacan, el lugar de la alteridad radical que no puede ser asimilado por la identificación [...] es el lugar donde se constituye el lenguaje, la escena del inconsciente” (Ortega, 2004: 50 Nota al pie 16).

* * *

Aquí hemos dicho que, ante el nuevo escenario, donde el neoliberalismo se nos presenta como la “filosofía insuperable de nuestro tiempo”, el populismo ha terminado siendo una estrategia discursiva de descalificación, pues éste cumple la labor del “exterior constitutivo”, es decir ese “algo” que se excluye a fin de establecer una violenta jerarquía entre los dos polos resultantes que posibilita la constitución de la identidad del neoliberalismo, al mismo tiempo que imposibilita su plena constitución ante la amenaza que representa. Por ello, podemos decir que el “populismo” es una de las condiciones de posibilidad e imposibilidad del neoliberalismo, con lo cual destacamos el carácter operativo y constitutivo del antagonismo en política.

CONCLUSIÓN

Lo que aquí hemos presentado es una discusión filosófico-política en torno a los procesos epistemológicos, históricos y políticos que han llevado a que el populismo se haya convertido, dentro de los márgenes estipulados por el discurso neoliberal, en una herramienta discursiva de descalificación del “otro”, de suerte que nos cuestionamos sobre la función política que esta nueva situación cumple en nuestras sociedades.

Así, podemos decir que el poderoso discurso neoliberal, ante la multiplicidad de significados que el populismo asume y la valoración negativa que constantemente se le ha atribuido, encuentra en éste último un término fundamental para referirse a aquellas realidades que se desvían de la senda de lo “políticamente correcto” que dicho discurso ha trazado en nuestras sociedades. En consecuencia, la existencia del populismo, en la actualidad, es promovida discursivamente por el neoliberalismo a fin de construir un “nosotros” en contraposición de un “ellos”, esto es, para construir una identidad política que es posible gracias a la afirmación de una diferencia, la determinación de un “otro” que se excluye en aras de “totalizar” un campo discursivo.

Siguiendo la lógica del “exterior constitutivo”, lo que resulta clave de una práctica discursiva como ésta, es ver que el populismo, gracias a la amenaza que representa para el orden neoliberal, conlleva a que éste constituya su identidad, al mismo tiempo que representa la imposibilidad de una constitución plena de la misma: hoy, el populismo (tal como lo hemos abordado) es la condición de posibilidad e imposibilidad de la identidad neoliberal, lo que pone en primer plano la contingencia de toda lucha política, la imposibilidad de un cierre total, como pretende el discurso neoliberal, del espacio comunitario.

En este sentido, un estudio de este tipo, que reflexiona sobre una práctica discursiva cotidiana, nos indica de qué manera, no sólo al nivel de las relaciones discursivas, sino de las relaciones sociales en general, la política se nos presenta, también, como una construcción relacional que procura la constitución de identidades colectivas, donde el elemento del poder es inerradicable. Así, ante el carácter contingente de la política, resulta inconsecuente hablar de la existencia de una esencia última de la misma, de un fundamento propio sobre el cual lograra establecerse de una vez y para siempre. Al contrario, si asumimos el carácter constitutivo del antagonismo en política y la idea por la cual toda totalización requiere de la exclusión de “algo” para su consecución, resulta sumamente esclarecedora y pertinente la afirmación de Jacques Rancière, según la cual, “la verdad de la política es la manifestación de su falsedad” (1996: 107), queriendo con ello decir que la política es siempre un juego abierto, indeterminado e inestable, y que cualquier discurso que se autoproclame como la “verdad absoluta” es un intento por establecer la (siempre imposible) fijación final del orden social.

Para finalizar, no queda sino la invitación a (re)pensar la política en estos términos y en asumir más críticamente las prácticas cotidianas que creemos carecen de sentido, desconociendo las razones y las funciones políticas que muchas veces cumplen y que pasan desapercibidas ante la mirada inocente que las asume como mera manipulación. Una labor como esta resulta fundamental en nuestras sociedades donde pareciera, ante la “naturalización” del discurso neoliberal, que no existen alternativas, en tanto que las pocas que existen ya han sido descalificadas de antemano imposibilitando así la imaginación de otras y nuevas formas de canalizar las relaciones de poder dentro de marcos más democráticos y humanos.

BIBLIOGRAFÍA

AHUMADA, C. (2002) *La Ideología Neoliberal: una justificación teórica de los poderosos*. En: *Papel Político*, número 14 (Septiembre de 2002) pp. 37 - 58.

BAUMAN, Z. (2001a) *En Busca de la Política*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.

BAUMAN, Z. (2001b) *La Posmodernidad y sus Descontentos*. Madrid. Ediciones Akal.

BUTLER, J., LACLAU, E., ŽIŽEK, S. (2003) *Contingencia, Hegemonía, Universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.

CEBERIO, M. y WATZLAWICK, P. (1998) *La Construcción del Universo. Conceptos introductorios y reflexiones sobre epistemología, constructivismo y pensamiento sistémico*. Barcelona. Herder.

FOUCAULT, M. (1997) *Defender la Sociedad*. México. Fondo de Cultura Económica.

FUKUYAMA, F. (1992) *El Fin de la Historia y el Último Hombre*. Colombia. Editorial Planeta.

GERMANI, G. (1971) *Política y Sociedad en una Época de Transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Buenos Aires. Editorial Paidós.

GRÜNER, E. (2005) *La Cosa Política o el acecho de lo real*. Buenos Aires. Editorial Paidós.

IANNI, O. (1975) *La Formación del Estado Populista en América Latina*. México. Era.

IONESCU, G. y GELLNER, E. (compiladores) (1970). *Populismo, sus significados y sus características nacionales*. Buenos Aires. Amorrortu.

JAMESON, F. (1999) *El Giro Cultural. Escritos seleccionados sobre posmodernismo 1983 – 1998*. Buenos Aires. Manantial.

LACLAU, E. (2005) *La Razón Populista*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.

LACLAU, E. (1992) *Universalism, Particularism and the Question of Identity*. En: Base de datos en línea JSTOR.

LUHMANN, N. ¿Cómo se pueden observar estructuras latentes? En: WATZLAWICK, P. y KRIEG, P. (compiladores) (1998) *El Ojo del Observador. Contribuciones al constructivismo, homenaje a Heinz Von Foerster*. Barcelona. Gedisa editorial, pp. 60 – 72.

MOIRA, M. y PETRONE, M. (compiladores) (1999) *Populismo y Neopopulismo en América Latina. El problema de la cenicienta*. Buenos Aires. Eudeba.

MOUFFE, CH. (1998) *Deconstrucción y Pragmatismo*. Buenos Aires. Editorial Paidós.

MOUFFE, CH. (1999) *El Retorno de lo Político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Buenos Aires. Editorial Paidós.

MOUFFE, CH. (2003) *La Paradoja Democrática*. Barcelona. Gedisa editorial.

ORTEGA, F. (editor) (2004) *La Irrupción de lo Impensado. Cátedra de estudios culturales Michel De Certeau*. Bogotá. Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

PANIZZA, F. (compilador) (2005) *Populism and the Mirror of Democracy*. New York. Verso.

RANCIÈRE, J. (1996) *El Desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires. Ediciones Nueva Visión.

WATZLAWICK, P. (1992) *La Coleta del Barón de Münchhausen. Psicoterapia y realidad*. Barcelona. Herder.

Extracto del discurso de George W. Bush tomado de:

<http://www.elspectador.com/noticias/elmundo/articulo-bush-pide-tlc-colomvia-no-envalentonar-populistas>
Visitado: Abril 28 de 2008.

Extracto de las declaraciones de Condolezza Rice tomado de:

<http://www.univision.com/content/content.jhtml;jsessionid=3RET4PHSRIINUCWIAA3SFFAKZAAFGIWC?cid=1298741>
Visitado: Mayo 12 de 2008.